

Una misión de compasión



Dinámica interna del paso

En los Ejercicios Espirituales, San Ignacio nos da a contemplar a Dios (la Trinidad), que mira al mundo, y para salvar a la humanidad decide encarnarse. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Evangelio de Juan cap. 3, 16-17). La decisión de Dios, que encuentra su origen en su profundo amor por la humanidad, espera nuestra propia decisión.

Como dice el Papa Francisco: «Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tenga necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable la profundidad del misterio que encierra, tan inagotable la riqueza que de ella proviene» (Misericordia Vultus n°25)

Las palabras "compasión" y "misericordia", que se encuentran en la Biblia, reflejan un término griego que significa que sentimos el sufrimiento de los demás y somos empujados interiormente, por amor, a actuar en su favor. Es un movimiento que viene de dentro, de las "entrañas"; del "seno materno", del "corazón". Es lo que vemos en Jesús. A menudo se nos dice que tiene compasión frente a la muchedumbre, a los enfermos, los ciegos y leprosos, el hombre poseído en el país de los Gadarenos, o la viuda de Naím que perdió a su único hijo. Jesús tiene esta capacidad increíble de conmoverse profundamente por los demás, y lo que siente internamente se vuelve decisión, lo moviliza hasta conducirlo a la acción. Lo que vive es también lo que enseña, la parábola del buen samaritano es significativa en este sentido: "Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia" (Evangelio de Mateo cap. 5,7)

En la Red Mundial de Oración del Papa se nos invita a una misión de compasión por el mundo, orando y movilizándonos por los desafíos a los que se enfrentan la humanidad y la misión de la Iglesia. Esto requiere consentir hacerse vulnerables, dejarse conmover profundamente por lo que viven nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo. Esto significa dejar caer nuestros "escudos" y derribar nuestras "paredes" para salir de la indiferencia y entrar en una "cultura del encuentro". Es porque estamos totalmente unidos al Corazón de Jesús que podemos, con Él, abrirnos en confianza. Porque hemos hecho la experiencia de ser amados y perdonados, y hemos experimentado la profunda misericordia del Señor para con nosotros, es que podemos a la vez convertirnos en misioneros de la misericordia, testigos de la Alegría del Evangelio.

